Ifigenia

Diario de una señorita que escribió porque se fastidiaba

A ti, dulce ausente, a cuya sombra propicia,
floreció poco a poco este libro. A aquella luz clarísima de tus ojos
que para el caminar de la escritura, lo alumbraron siempre de esperanza,
y también, a la paz blanca y fría de tus dos manos cruzadas
que no habrán de hojearlo nunca, lo dedico[1].

[1] La novela está dedicada a Emilia Ibarra, viuda de Barrios, íntima amiga de la autora, que falleció en mayo de 1924, año en que la novela ganó el premio en París. Emilia, para disgusto de su familia, le dejó una considerable herencia a Teresa de la Parra, liberándola de preocupaciones económicas. Teresa había vivido en Caracas en la casa de Emilia, hija de un edecán del Libertador y hermana de la esposa del general Antonio Guzmán Blanco (1829-1899), que fue presidente de Venezuela, conocido como «el ilustre americano». En su testamento, en 1936, Teresa de la Parra devuelve los bienes inmuebles y las joyas que había heredado de Emilia, según se indica en la cláusula cuarta: «Ruega que se entregue con toda escrupulosidad a la sucesión de la señora Emilia Ibarra de Barrios Parejo, los bienes que la testadora viene usufructuando. No se refiere naturalmente a los muebles destruidos por el uso y el tiempo sino a los inmuebles y a los objetos y joyas recibidos según inventario. Algunas joyas fueron transformadas por la testadora constando su detalle en los inventarios que se encontrarán entre sus papeles. Si la sucesión de la señora de Barrios Parejo estuviere dispuesta a vender a la hermana de la testadora, doña Isabel, los objetos de plata y otros que se encuentran en su poder, sería para ella una satisfacción la continuidad de los mismos en su dicha hermana».

Primera parte

Una carta muy larga donde las cosas se cuentan como en las novelas

De María Eugenia Alonso
a
Cristina de Iturbe

¡Por fin te escribo, querida Cristina! No sé qué habrás pensado de mí. Cuando nos despedimos en el andén de la estación de Biarritz, recuerdo que te dije mientras te abrazaba llena de tristeza, de suspiros y de paquetes:

—¡Hasta pronto, pronto, prontísimo!

Porque me refería a una larga carta que pensaba escribirte desde París y que empezaba ya a redactar en mi cabeza[2]. Sin embargo, desde aquel día memorable han transcurrido ya más de cuatro meses y fuera de las postales no te he escrito una letra. ¿Habrás recibido al menos las últimas postales? Porque no las puse yo misma en el correo y no sé si los comisionados de hacerlo cumplirían el encargo.

A ciencia cierta, yo no puedo decirte por qué no te escribí desde París, y muchísimo menos aún por qué no te escribí después, cuando radiante de optimismo y hecha una parisiense elegantísima, navegaba rumbo a Venezuela en el transatlántico[3] «Manuel Arnús»[4]. Ahora bien,

---

[2] Las acciones transcurren principalmente en la cabeza de esta narradora «atolondrada», que le va dando forma al mundo que describe desde su punto de vista, y a la que veremos madurar a lo largo de la narración. La novela comienza con la voz de una adolescente un poco frívola, pero poco a poco irá cambiando la manera de ver el mundo y, en consecuencia, su «voz narrativa». Ya Teresa de La Parra, un año antes de publicar la novela, había declarado en una entrevista: «Es un libro de psicología femenina escrito en forma de diario. Quiero que al ser lo menos literario, lo más sencillo y lo más ingenuo del mundo, lleve dentro de sí algo... algo de burla, de ironía fina, de risa...» («Mujeres del Ávila» [entrevista a Teresa de la Parra realizada por Edmundo Chispa], en *El nuevo Diario,* Caracas, sin pág. [1923]. En el *Archivo de Teresa de la Parra).*

[3] En varias ocasiones, la primera edición duda en la trascripción de algunos vocablos; se dejan tal como aparecen en esa edición, salvo gazapo tipográfico evidente.

[4] La etnóloga y narradora cubana Lydia Cabrera (1899-1991) conoció a Teresa de la Parra, según su testimonio, «en un barco, el Manuel Arnús», que estaba de paso por La Habana, quizá en 1924 o 1925, cuando la venezolana disfrutaba del éxito de *Ifigenia,*

lo que sí voy a confesarte, porque lo sé y me consta, es que si desde aquí, desde Caracas, mi ciudad natal, no te había escrito todavía, aun cuando el tiempo me sobrara de un modo horrible, era única y exclusivamente, por pique[5] y amor propio. Yo, que sé mentir bastante bien cuando hablo, no sé mentir cuando escribo[6], y como no quería por nada del mundo decirte la verdad, que me parecía muy humillante, había decidido callarme. Pero ahora encuentro que la verdad a que me refiero no es humillante, sino que más bien es pintoresca, interesante y algo medioeval. Por consiguiente, he resuelto confesártela hoy a gritos si es que tú eres capaz de oír estos gritos que lanzan mis letras:

¡Ah! ¡Cristina, Cristina, lo que me fastidio!...[7]. Mira, por muchísimos esfuerzos de imaginación que tú hagas no podrás figurarte nunca lo que yo me fastidio desde hace un mes, encerrada dentro de esta casa de Abuelita[8] que huele a jazmín, a tierra húmeda, a velas de cera y a

---

pero aún llevaba el luto por la muerte de Emilia Ibarra de Barrios. Se reencontrarían en París en 1927.

[5] «Picado, -a. *coloq.* Aplicado a una persona, resentida o enojada», en Rocío Núñez y Francisco Javier Pérez, *Diccionario del habla actual de Venezuela,* Caracas, UCAB, 1994; en adelante, *DHV.*

[6] María Eugenia, como su creadora, Teresa, es consciente de las consecuencias de la palabra y, sobre todo de la palabra escrita, y por ello es especialmente aguda e irónica al responder a sus críticos. En un carta de respuesta al etnólogo y lingüista Lisandro Alvarado (1858-1929) —que este había publicado en 1925 en la revista *Élite, «Ifigenia* y don Lisandro Alvarado»—, la autora hace que sea María Eugenia la que le responda: «De ayer acá he leído ya varias veces su artículo, mi querido Don Lisandro. Su lectura me ha producido gratísimas impresiones. Mientras mis ojos corrían sobre las líneas quebradas y zigzagueadas por la multitud de arrugas, mecida por suaves halagos, le sonreía todo el tiempo con esa invisible cordialidad espiritual que desde la sombra saluda con frecuencia a los autores. He visto que en su nota crítica (¡esto me satisface mucho!) usted prescinde casi por completo de Teresa de la Parra, pretendida autora de la novela *Ifigenia.* Tanto su análisis como sus juicios y presagios, se ciñen únicamente a mí, es decir, a mis ideas personales, muy especialmente a aquellas expresadas una mañana, ante el mutismo de Abuelita, Tía Clara abrazando su cesto y el inmenso y medio calado mantel de *granité.* A dicha escena y a mis revolucionarias ideas concreta usted casi todo su juicio, encerrado por lo demás en una forma clásica, galante y afectuosa. Pero no obstante su paternal galantería: ¡no me lo niegue, Don Lisandro!, usted también, lo mismo que Tía Clara y Abuelita, se ha indignado cariñosísimamente al escuchar mis ideas» («Carta de María Eugenia Alonso a Lisandro Alvarado», 1926, manuscrito mecanografiado, en el *Archivo de Teresa de la Parra;* véase *Obra [Narrativa-ensayos-cartas],* 1982).

[7] En esta novela hay que entender siempre el vocablo 'fastidio' con el sentido de aburrimiento; y 'fastidioso', además de aburrido, referido a una persona o situación, se usa para «para manifestar desagrado, cansancio o aburrimiento» *(DHV)*. Más adelante describirá al fastidio como un ente que habita la casa y enseñorea.

[8] En mayúscula en la primera edición. En adelante, se dejarán en mayúscula algunas de las palabras más significativas, tal y como aparecen en esa edición.

fricciones de Elliman's Embrocation. Bueno, el olor a cera viene de dos velas que tía Clara tiene continuamente encendidas ante un Nazareno vestido de terciopelo morado, de una media vara de estatura, el cual desde los tiempos remotos de mi bisabuela camina con su cruz a cuestas dentro de una redoma de vidrio. El olor a Elliman's Embrocation es debido al reumatismo de Abuelita, que se fricciona todas las noches antes de acostarse. En cuanto al olor a jazmín con tierra húmeda, que es el más agradable de todos, viene del patio de entrada, que es amplio, cuadrado, sembrado de rosas, palmas, helechos, novios, y un gran jazminero que se explaya verde y espesísimo en su kiosco[9] de alambre sobre el cual vive como un cielo estrellado de jazmines. Pero, ¡ay!, lo que yo me fastidio aspirando estos olores sueltos o combinados mientras miro coser o escucho conversar a Abuelita y a tía Clara, es una cosa inexplicable[10]. Por delicadeza y por tacto, cuando estoy delante de ellas, disimulo mi fastidio y entonces converso, me río, o enseño como perra sabia a Chispita, la falderilla lanuda, quien ha aprendido ya a sentarse con sus dos patitas delanteras dobladas con muchísima gracia, y quien, según he observado, dentro de este sistema de encierro en que nos tienen a ambas, sueña de continuo con la libertad y se fastidia tanto o más que yo.

Naturalmente, Abuelita y tía Clara que saben distinguir muy bien los hilos tramados de los zurcidos y de las randas[11], pero que no ven en absoluto estas cosas que se ocultan tras las apariencias, no conocen ni por asomos la cruel y estoica magnitud de mi aburrimiento. Abuelita tiene muy arraigado este principio falsísimo y pasado de moda:

—Las personas que se fastidian es porque no son inteligentes.

Y claro, como mi inteligencia brilla de continuo y no es posible ponerla en tela de juicio, Abuelita deduce en consecuencia que yo me divierto a todas horas con relación a mi capacidad intelectual, es decir: muchísimo. Y yo por delicadeza se lo dejo creer.

¡Ah!, cuántas veces he pensado en plena crisis de fastidio: «Si yo le contara esto a Cristina, me aliviaría muchísimo escribiendo». Pero durante un mes entero he vivido presa dentro de mi amor propio como dentro de las cuatro paredes viejas de esta casa. Quería que tú te imaginaras maravillas de mi existencia actual, y recluida en mi doble prisión, callaba.

---

[9] Así en la primera edición.

[10] En líneas generales y en aras de la frescura del texto primigenio, se dejará la puntuación tal como aparece en la edición de 1924, salvo evidente errata o descuido.

[11] *Randa: «f.* Guarnición de encaje con que se adornan los vestidos, la ropa blanca y otras cosas», en RAE/ASALE, *Diccionario de la lengua española,* Madrid; disponible en: versión electrónica 23.8.1. [2025]. En adelante, *DLE.*

Hoy poniendo a un lado toda fantasía de amor propio, te escribo porque no puedo callarme más tiempo, y porque como te he dicho ya, he descubierto últimamente que esto de vivir tapiada siendo tan bonita como soy, lejos de ser humillante y vulgar parece por el contrario cosa de romance o leyenda de princesa cautiva[12]. Y mira, sentada como estoy ahora ante la blanca hoja de papel, me siento tan encantada con la determinación y es tanto, tantísimo lo que deseo escribirte, que, para hacerlo, quisiera ya como dice el cantar «que la mar fuera de tinta y las playas de papel»[13].

Pero esta inmensa necesidad de escribirte, obedece también a varias otras causas. Una de ellas es, desde luego, mi gran cariño por ti; otra es la convicción tristísima de que no volveré a verte ya más; en cuanto a la tercera, mucho más complicada que las otras dos, voy a explicártela en algunas palabras que harán el papel de exordio o introducción a lo que pienso escribirte, porque no quiero que esta carta donde voy a poner toda la sinceridad de mi alma, pueda parecerte nunca extemporánea ni ridícula.

Como sabes, Cristina, siempre he tenido bastante afición a las novelas. También la tienes tú, y creo ahora que fue sin duda ninguna esta comunidad de gusto por el teatro y las novelas la que hizo que intimáramos tanto durante los meses de vacaciones, así como también durante los meses de colegio nos hizo intimar mucho aquella otra comunidad de gusto en los estudios. Tú y yo éramos por lo visto unas niñitas intelectuales y románticas, pero éramos también, por otro lado, exagerada-

---

[12] La fantasía de María Eugenia no pierde oportunidad de crear mundos imaginarios, onirismo muy propio del modernismo: En 1904, Rubén Darío escribe una de estas ensoñaciones en forma de prólogo: «En cuanto a la persona del autor de esta *Pequeña ópera lírica,* diré que es un antiguo conocimiento mío. Le vi la primera vez en casa del cardenal de Ferrara, en Roma, y allí nos presentó, en términos amables y corteses, *messer* Gabriel Cesano. Juntos visitamos frecuentemente, en sus horas laboriosas, al insigne Benvenuto Cellini, a quien solíamos acompañar, algún tiempo después, en la ciudad de Florencia, cuando salía de paseo y aventura, durante cuatro días que allí permaneció. [...] Hoy, en una mañana ardorosa de las calendas de Mayo del año de 1904, en la ciudad de Florencia, he escrito las líneas anteriores, que he leído varias veces con meditación y cuidado. ¿Lo que ellas contienen es una creación de la fantasía, o bien un fijo recuerdo de pasada realidad, o la concentración de un sueño?» («Prólogo» a Rufino Blanco Fombona, *Pequeña ópera lírica,* Madrid, Librería de Fernando Fé, 1904, págs. 9 y 12-13).

[13] Se refiere a «Si la mar fuera de tinta», de José Melchor Gomis y Colomer (1791-1836), compositor romántico español a quien se le atribuye la autoría del *Himno de Riego.* La letra de esta canción, que cita de memoria María Eugenia, dice así: «Si la mar fuera de tinta / y los cielos de papel / no podría yo explicarte / mi finísimo querer». En nuestros días, esta pieza ha sido grabada entre otros por Montserrat Caballé.

mente tímidas. He reflexionado algunas veces sobre este sentimiento de timidez y según creo ahora debimos de adquirirlo a fuerza de ver reflejadas en los cristales de las ventanas y puertas del colegio nuestras frentes anchas descubiertas y rodeadas de aquel semicírculo negro formado por nuestro pobre pelo liso y tirantísimo. Como recordarás, este último requisito era indispensable, según la opinión de las Madres, al buen nombre de las niñas, que además de ser muy ordenadas, eran inteligentes y estudiosas como lo éramos nosotras dos. Yo llegué a adquirir la convicción de que el pelo tirante constituía realmente una gran superioridad moral, y, sin embargo, veía siempre con gran admiración las otras niñas cuyas cabezas «vacías por dentro» al decir de las Madres, tenían por fuera aquella agradable apariencia que las[14] daban los rizos y las ondas usadas contra todo reglamento. A pesar de nuestra superioridad mental recuerdo que yo siempre me sentí en el fondo muy inferior a las del pelo flojo. Las heroínas de las novias las colocaba también en este bando de las sienes cubiertas, el cual constituía a las claras, lo que las Madres llamaban con bastante desdén «el mundo». Nosotras, junto con las Madres, el Capellán del Colegio, las doce Hijas de María, los Santos del año Cristiano, el incienso, las casullas y los reclinatorios, pertenecíamos al otro bando. En realidad yo nunca tuve verdadero entusiasmo de partido. Aquel malvado «mundo» tan aborrecido y despreciado por las Madres, a pesar de su vil inferioridad, aparecía siempre ante mis ojos deslumbrante y lleno de prestigio. Nuestra superioridad moral resultaba para mí una especie de carga, y recuerdo que la llevé siempre llena de resignación y pensando con tristeza que, gracias a ella, no desempeñaría en la vida más que papeles oscuros y secundarios.

Lo que quiero explicarte ahora es que en estos cuatro meses he variado por completo de ideas. Creo que me he pasado con armas y bagajes al abominable bando del mundo y siento que he adquirido en él una elevada graduación. Ya no me considero en absoluto personaje secundario, estoy bastante satisfecha de mí misma, me he declarado en huelga contra la timidez y la humildad, y tengo además la pretensión de creer que valgo un millón de veces más que

[14] El laísmo, extraño en Venezuela y en esta novela, en ocasiones forma parte del idiolecto de Teresa de la Parra, probablemente como producto de sus años de estudio en España hasta, al menos, 1908. También aparecerán algunos leísmos, no pocos galicismos («saber que somos indispensables *a la* vida de otro», por ejemplo), y no solo por los abundantes vocablos franceses que utiliza, e incluso algún neologismo traído de esa lengua. Esto es normal, considerando los años que la autora pasó viviendo en París.

todas las heroínas de las novelas que leíamos en verano tú y yo, las cuales, dicho sea entre paréntesis, me parece ahora que debían estar muy mal escritas.

En estos cuatro meses, Cristina, he pasado por muchos ratos de tristeza, he tenido impresiones desagradables, revelaciones desesperantes y, sin embargo, a pesar de todo, siento un inmenso regocijo porque he visto desdoblarse de mí misma una personalidad nueva que yo no sospechaba y que me llena de satisfacción. Tú, yo, todos los que andando por el mundo tenemos algunas dotes y algunas tristezas, somos héroes y heroínas en la propia novela de nuestra vida, que es más bonita y mil veces mejor que las novelas escritas.

Es esta tesis la que voy a desarrollar ante tus ojos, relatándote minuciosamente y como en las auténticas novelas, todo cuanto me ha ocurrido desde que dejé de verte en Biarritz. Estoy segura de que mi relato te interesará muchísimo. Además he descubierto últimamente que tengo mucho don de observación y gran facilidad para expresarme. Desgraciadamente estas dotes de nada me han servido hasta el presente. Algunas veces he tratado de ponerlas en evidencia delante de tía Clara y Abuelita, pero ellas no han sabido apreciarlas. Tía Clara no se ha tomado siquiera la molestia de fijarse en ellas. En cuanto a Abuelita, que como es muy vieja, tiene unas ideas atrasadísimas, sí debe haberlas[15] tomado en consideración porque ha dicho ya por dos veces que tengo la cabeza llena de cucarachas. Como puedes comprender, esta es una de las razones por las cuales me aburro en esta casa tan grande y tan triste donde nadie me admira ni me comprende, y es esta necesidad de sentirme comprendida, lo que decididamente acabó de impulsarme a escribirte.

Sé muy bien que tú sí vas a comprenderme. En cuanto a mí no siento reserva ni rubor alguno al hacerte mis más íntimas confidencias. Tienes ante mis ojos el dulce prestigio de lo que pasó para no volver más. Los secretos que a ti te diga no han de tener consecuencias desagradables en mi vida futura y, por consiguiente, sé desde ahora que jamás me arrepentiré de habértelos dicho. Sí; se parecerán en nuestro porvenir a los secretos que se llevan consigo los muertos. En cuanto al cariño tan grande que pongo para escribírtelos creo que tiene también

[15] Como se trata de la carta que escribe María Eugenia a su amiga Cristina, dejamos esta forma (y dejaremos formas semejantes siempre que sea necesario) en vez del normativo «debe de haberlas», con el ánimo de conservar el aire coloquial, «ligero» que Teresa de la Parra declaraba querer para su personaje y, por extensión, su novela, como una marca de ironía y suave eutrapelia.

cierto parecido con aquel tardío florecer de nuestra ternura, cuando pensamos en los que se fueron «para no volver»[16].

* * *[17]

Te escribo en mi cuarto cuyas dos puertas he cerrado con llave. Mi cuarto es grande, claro, empapelado de azul celeste, y tiene una ventana con reja que da sobre el segundo patio de la casa. Del lado de afuera de la ventana, muy pegadito a la reja, hay un naranjo, y más allá, en cada una de las otras esquinas, hay otros naranjos. Como yo he colocado mi escritorio y mi sillón muy cerca de mi ventana, mientras pienso echada atrás la cabeza contra el respaldo del sillón, o apoyada de codos sobre la blanca tabla del escritorio, estoy siempre mirando mi patio de los naranjos. Y es tanto lo que tengo pensado mirando hacia arriba que ya conozco hasta el más mínimo detalle de la verde filigrana sobre el azul del cielo...

Ahora, antes de comenzar mi relato, sin mirar naranjos, ni cielo, ni nada, he cerrado un instante los ojos, me he puesto sobre ellos las dos manos enlazadas y muy claramente, durante unos segundos te he visto de nuevo, tal como dejé de verte allá en el andén de la estación de Biarritz: andando primero, corriendo después junto a la ventanilla de mi vagón que se alejaba, y luego tu mano, y por fin tu pañuelo que me decían a gritos: ¡Adiós!... ¡Adiós!...

¡Ah! ¡Ese pañuelo de las despedidas, Cristina! ¡Su blancura se nos quedó impresa eternamente en el espíritu, como para ayudarnos a llorar estas separaciones dolorosas y definitivas!...

Recuerdo muy bien que cuando ya no pude verte más, me alejé de la ventanilla; que así, a distancia, me quedé un rato inmóvil ante el acelerado correr de casas y de postes, que por fin le di la espalda, que me senté después en el asiento, que miré frente a mí en el espejo del vagón y que vi mi pobre carita tan triste, tan pálida, entre aquellos crespones negros que la rodeaban que tuve por primera vez la conciencia intensa de mi soledad y abandono. Me acordé de la niñas asiladas y me pareció ver simbolizada en mí la imagen de la orfandad. Tuve entonces un momento de angustia, una especie de ahogo horrible, que quería estallar

---

[16] Clara referencia a la «Canción de otoño en primavera», de Rubén Darío: «Juventud, divino tesoro, / ¡ya te vas para no volver! / Cuando quiero llorar, no lloro, / y a veces lloro sin querer…».

[17] Se mantiene la separación de los acápites tal como se dispuso en 1924, pues forma parte del ritmo que la autora quiso imponer en la lectura de su texto. Se señalarán con tres asteriscos centrados (* * *).

en sollozos y salírseme en un torrente de lágrimas por los ojos. Pero de repente miré a Madame Jourdan... ¿Te acuerdas de Madame Jourdan?... aquella señora distinguida, de pelo gris, que en el hotel tenía su mesa junto a la nuestra y que fue luego la encargada de acompañarme hasta París... Pues bien, miré de reojo a Madame Jourdan, que estaba sentada al otro extremo del vagón, y vi que me consideraba con curiosidad y con lástima. Al comprobar esto, reaccioné de pronto y en mi espíritu se disipó la tormenta. Y es que en aquel momento, como ahora, como siempre, soy más o menos la misma que tú conociste. No lloro nunca, a pesar de que tendría razones para llorar a mares. Tal vez porque siempre me ha escoltado la tristeza, es por lo que he aprendido a escondérsela a todos, con un movimiento instintivo, como esconden ciertos niños pobres sus zapatitos rotos delante de la gente rica y bien vestida.

Por fortuna, Madame Jourdan, que resultó ser una persona encantadora, fue, poco a poco, distrayendo mi tristeza con su conversación. Comenzó preguntándome por ti. Al principio, al vernos siempre juntas y hablando español, nos había tomado por hermanas. Luego, cuando le relataron la muerte repentina de Papá y le preguntaron sí querría encargarse de acompañarme hasta París, comenzó a interesarse muy vivamente por mí. Había perdido ella una niña, hija única, a los cinco años, la cual sería ya una muchacha grande como nosotras. Después, me preguntó mi edad. Cuando le dije que acababa de cumplir dieciocho años, ella contestó entrecortando las frases con sentidos suspiros:

—¡El mundo es un rompecabezas sin arreglar!... ¡Las piezas andan sueltas sin encontrar quien las encaje!... ¡Yo entro en el desierto de mi vejez tan sola porque se fue mi hija, y usted se marcha a esa gran batalla de la juventud sin el amparo y sin la sombra de su Madre!...

Y esto del «desierto de su vejez» y lo de «la gran batalla de mi juventud» lo dijo de una manera tan bonita y con una voz tan suave y tan armoniosa que comencé a sentir de repente gran admiración por ella. Me acordé de aquellas actrices, que tanto a ti como a mí, nos entusiasmaban de un modo frenético por el prestigio de su voz y por el encanto de sus movimientos. Pensé que Madame Jourdan debía ser como ellas, que sin duda era muy inteligente, que tal vez sería alguna artista, alguna de esas novelistas que escriben bajo seudónimo, y abandonando entonces mi asiento y mi ventanilla, impulsada por la más viva y reverente admiración, fui a sentarme frente a ella.

Al principio y en vista de su superioridad me sentía algo tímida, algo cohibida, pero me puse a hablarle, y le conté entonces que iba a emprender un largo viaje, que me venía a América donde tenía mi

Abuela materna y algunos tíos y primos que me querían mucho. Conversamos luego sobre los viajes, sobre los distintos climas, sobre la hermosura de la naturaleza tropical, sobre lo alegre que era la vida a bordo de un trasatlántico, y a las dos horas, disipada ya mi timidez del principio, Madame Jourdan y yo éramos tan amigas y habíamos simpatizado tanto que a mí me parecía haber encajado ya en una de mis casillas correspondientes del rompecabezas. Créeme, Cristina, y esto, por supuesto sin que lo sepa Abuelita, ¡de buena gana me hubiera quedado viviendo para siempre con aquella encantadora Madame Jourdan!

Pero por desgracia pasó el trayecto, vino una hora en que llegamos a París, y entonces tuvo ella que ir a depositarme en casa de mis nuevos *chaperons*[18], el señor y la señora Ramírez, matrimonio venezolano, amigos íntimos de mi familia, entre cuyas manos ya definitivamente facturada debía venir hasta La Guayra[19].

Estos Ramírez me fueron muy simpáticos desde el principio, porque eran alegres, obsequiosos, amables, y porque tenían la admirable costumbre de no darme nunca ninguna clase de consejos, cosa esta bastante rara, pues, por regla general, como ya te habrás fijado tú también, es por este sistema de consejos que los superiores en edad, dignidad o gobierno acostumbran desahogar su mal humor, diciéndonos a nosotros, pobres inferiores, las cosas más duras y desagradables del mundo.

Vivían los Ramírez en un Hotel muy elegante. Cuando llegué acompañada de Madame Jourdan, salieron ellos a recibirme, cariñosos y atentos. Después de las presentaciones consabidas comenzaron por condolerse de mi situación, cosa que por lo visto es de rigor al tratarse de mí. Luego me hablaron de Caracas, de mi familia, de nuestro próximo viaje, y terminaron entregándome unos veinte mil francos[20], remitidos por mi tío y tutor para gastos de *toilette* y de bolsillo, suponían ellos, puesto que el dinero para los gastos del viaje se había girado ya.

Bueno, me dirás interesada si te parece, pero no puedo negarte que ante aquellos inesperados veinte mil francos, mis negros pensamientos del tren se marcharon volando uno tras otro como bandada de golondrinas, porque me juzgué feliz y potentada.

---

[18] «Chaperón, -a. *m.* y *f.* Persona a la que se le encomienda el cuidado celoso de otra, especialmente de una muchacha en periodo de noviazgo» *(DHV)*.

[19] Aunque en la actualidad el nombre de esta localidad es La Guaira, dejamos la grafía que en tiempos de Teresa de la Parra era frecuente.

[20] En la segunda edición cambia la cantidad a «cincuenta mil francos» todas las veces que la menciona, quizá porque la autora quería enfatizar el hecho de que esa sería toda la herencia que recibiría María Eugenia y que dilapidaría antes de regresar a Venezuela.

Además, Ramírez, que había vivido muchos años en Nueva York, me dijo que durante el tiempo que permaneciéramos en París no veía inconveniente en que saliese sola, siempre por supuesto que su señora y yo no coincidiésemos en nuestras correrías.

Naturalmente que yo decidí al punto no coincidir jamás con las correrías de la Señora Ramírez y aquí, como ya verás, comienzan mis experiencias, impresiones y aventuras[21].

¡No sabes tú lo interesante que es viajar, Cristina! Pero no viajes cortos en el tren, como los que hacíamos tú y yo en verano durante los meses de vacaciones, no, sino viajes largos, como este mío, en que se sale sola por París, y se conoce mucha gente, y se pasa el mar, y se toca en varios puertos. Lo único desagradable que ocurre en estos viajes es que, como en los demás, es menester llegar un día u otro, y cuando se llega, ¡ah!, Cristina, cuando se llega, es como cuando se detiene el coche donde paseamos o como cuando se calla la música que nos arrullaba. ¡Qué triste es llegar para siempre a cualquier sitio!... Yo digo que será por eso sin duda por lo que la muerte nos espanta, ¿verdad?

Volviendo a mi primera entrevista con los Ramírez, te diré que desde el día en que murió Papá a mí no se me había ocurrido todavía pensar que yo era lo que puede llamarse una persona independiente, más o menos dueña de su cuerpo y de sus actos. Hasta entonces me había considerado algo así como un objeto que las personas se pasan, se prestan o se venden unas a otras..., bueno, ¡lo que he vuelto a ser ahora y lo que somos general y desgraciadamente las señoritas «bien»!

---

[21] Es significativo que más o menos por la misma época apareciera en Estados Unidos *Gentlemen Prefer Blondes: The Intimate Diary of a Professional Lady* (Nueva York, Boni & Liveright, 1925), de Anita Loos, nacida en 1888 y que fue la primera mujer en pertenecer al *staff* de guionistas de Hollywood, que, con mucho humor, toneladas de ironía y fina eutrapelia le da vida a su protagonista, Lorelei Lee, una rubia supuestamente tonta, pero que sabe latín, como se dice coloquialmente. Salvo por el tono humorístico (y cierta superficialidad que quizá a lo largo de los años hayan potenciado los *mass media* estadounidenses), los procesos de formación de ambas protagonistas, Lorelei Lee y María Eugenia Alonso, presentan algunas semejanzas, sobre todo por los «peligros» a los que deben enfrentarse; el primero de todos, una sociedad que censura y que espera de ellas que se comporten como debe ser, sin salirse del guion establecido. Las diferencias de cómo lo logra cada una de ellas es tema para otro estudio; pero no deja de ser significativo que dos personajes femeninos fuertes hayan aparecido con tan poco tiempo de diferencia; tal vez, han de ser producto del espíritu de los tiempos —de *ese* tiempo—. Cfr. Juan Carlos Chirinos, «Lo que no está escrito y nunca se escribirá. Seis comentarios sobre *Ifigenia*, de Teresa de la Parra», en *Revista Estilo,* septiembre de 2024; disponible en: <https://revistaestilo.org/2024/09/25/lo-que-no-esta-escrito-y-nunca-se-escribira-seis-comentarios-sobre-ifigenia-de-teresa-de-la-parra> [últ. consulta: 20/2/2026].

Fue Ramírez con los veinte mil francos, y el permiso para salir sola, quien me reveló de golpe esta sensación deliciosa de la libertad. Recuerdo que inmediatamente, aquella misma noche de mi llegada a París, sentada sola en el *hall* del hotel, frente a un grupo de personas, que, a lo lejos, hablaban entre sí; rebosante de optimismo y de cierto espíritu profético, yo comencé a saborear con fruición mi futura libertad. Aislada como estaba, frente al alegre bullicio, me miré largo rato en un espejo tal cual acostumbro y observé de repente, que sin tu apoyo y sin tu compañía, mi sencillez de colegiala o señorita tímida resultaba horriblemente llamativa, desairada y ridícula. Me dije entonces que con veinte mil francos y un poco de idea era posible hacer muchas cosas. Pensé después que bien podía yo dejar *épaté* a toda mi familia de Caracas con mi elegancia parisiense. Deduje finalmente que para ello era indispensable estrecharme el vestido y cortarme el pelo a la *garçonne,* al igual de cierta señora o señorita que en aquel instante se destacaba allá en el grupo de enfrente por su silueta graciosísima.

Y sin más, quedó el punto resuelto.

Al siguiente día en la mañana, muy temprano, fui a comprar unas flores y con ellas en la mano me dirigí a casa de mi querida amiga del tren, Madame Jourdan. Me recibió ella encantada, como si nos hubiéramos conocido toda la vida y como si hubiéramos pasado un siglo sin vernos. Tenía una casa preciosa, puesta con un gusto exquisito, lo cual contribuyó a que mi admiración y aprecio continuaran «en crescendo». Le expliqué que había decidido cortarme el pelo porque pretendía volver a mi país hecha una persona verdaderamente chic y a la moda. Muy amable y servicial comenzó a darme consejos de *toilette* y de buen gusto. Me indicó modistos, sombrereras, peluqueros, *manicures* y multitud de otras cosas. Me ofreció además hacerme en el futuro toda clase de indicaciones y bajo su dirección me puse en campaña aquella misma tarde.

Si vieras entonces: ¡qué ajetreo!, ¡qué ir y venir!, ¡qué días! Y sobre todo, ¡¡qué cambio!! Ya no tenía aquel aire desgraciado de colegiala, de *chien fouetté,* ¿sabes? El pelo corto me quedaba maravillosamente. Las modistas me encontraban un cuerpo precioso, flexible, y al probarme, me decían a cada paso:

—*Comme Mademoiselle est bien faite !*

Cosa que comprobaba yo al momento, dando vueltas en todas direcciones ante las hojas abiertas del espejo de tres cuerpos, y lo cual me causaba una satisfacción infinitamente mayor que la cruz de semana, la banda, las primeras en composición y toda aquella gran fama de inteligencia que compartía contigo allá en nuestra clase.

Una vez me enamoré de una toquita de luto que según me dijo la modista solo usaban las viudas y esto me pareció encantador. A los pocos días iba y venía yo con mi toquita de largo velo negro. En las tiendas me llamaban «Madame» y un día que salí con el más pequeño de los niños Ramírez, que era una lindura de tres años, me dijeron en la zapatería que debía haberme casado muy joven para tener aquel niño tan precioso, que era completamente mi retrato. Aceptada la suposición me di al punto a sacar cuentas y según la edad de Luisito Ramírez habría nacido cuando estábamos tú y yo en tercera clase. Figúrate qué escándalo el de las monjas y lo que nos hubiéramos divertido con un chiquitín entonces. De fijo que no hubiéramos tenido más remedio que esconderlo dentro del pupitre como solíamos hacer con los paquetes de bombones.

Pero es lo cierto del caso que ahora con mi toquita y mi supuesta viudez, París me parecía una cosa nueva, desconocida. No era ya aquella ciudad brumosa y fría que en los días de vacaciones de Navidad recorríamos tú y yo cogidas de la mano, envueltas en un abrigo y seguidas del aya inglesa mientras nos dirigíamos a las matinés de la Opera o del Teatro Francés. Entonces, todo me intimidaba. Las elegantes señoras me causaban una impresión de miedo y me sentía tan pequeñita, tan cenicienta, junto a tanta belleza y tanto lujo. Ahora no, ahora ya me había tocado la varita mágica, andaba con soltura, con seguridad y con muchísima gracia, porque sabía demasiado que aquello de: *«Comme Mademoiselle est bien faite !»,* me lo decían también a gritos y con puntos de exclamación los ojos de todos cuantos, me veían. Era una cosa tan general que yo vivía encantada. Me admiraba todo el mundo. Mira: me admiraban mis amigos, los Ramírez, me admiraban sus niños; me admiraban unos españoles muy simpáticos que en el comedor tenían su mesa frente a nosotros; me admiraba el gerente del hotel; el camarero que nos atendía; el muchacho del ascensor; el marido de mi *manicure,* los dependientes de la peluquería; y un señor muy elegante que encontré una mañana por la calle y que al mirarme venir, le dijo a otro que iba con él:

—*Regarde donc, quelle jolie fille !*

Decididamente, en aquellos días gloriosos, París abrió de repente sus brazos y me recibió de hija, así, de pronto, porque le dio la gana. ¡Ah! ¡Era indudable! Yo formaba ya parte de aquella falange de mujeres a las cuales evocaba Papá entornando los ojos con una expresión extraña que yo entonces no acababa de explicarme muy bien porque era como si hablase de algún dulce muy rico mientras decía:

—¡¡Qué mujeres!!

Nunca me había ocurrido nada igual, Cristina. Sentía dentro de mí misma una alegría loca. Me parecía que mi espíritu se abría todo en

flores como aquellos árboles del parque del colegio en los meses de Abril y Mayo. Era como si en mí misma hubiese descubierto de pronto una mina, un manantial de optimismo y solo vivía para beberlo y para contemplarme en él. Creo ahora que fue debido a aquella satisfacción egoísta por lo que nunca te escribí, sino postales lacónicas que tú me contestabas con cartas inexpresivas y tristes. Hoy, al releerlas, me parece adivinar en ellas toda tu amarga decepción de entonces y me conmuevo de contrición. Pero pienso que a estas horas debes haber comprendido el porqué de mi indiferencia tan fugaz como mi alegría y que generosamente la habrás perdonado ya.

Algunas veces, también, me ponía a pensar que aquel optimismo y aquella alegría de vivir que me hacían tan feliz eran impropios en medio de una desgracia reciente como la mía. Tenía entonces ratos de un remordimiento agudo, y para acallarlo en desagravio al alma de Papá, le daba unos francos a algún chiquillo harapiento o entraba a dejar una limosna en el cepillo de la iglesia...

¡Ah! Papá, ¡pobre Papá!... Mientras esto le cuento a mi amiga Cristina, allá, en las suaves visiones de mi mente ha pasado un instante la indulgencia de tu rostro, florecida por la indulgencia aprobadora de tu sonrisa... ¡Y cómo la reconozco!... Sí: ¡mal podías enojarte! ¡Aquellos días fugaces en que tu espíritu pródigo y jovial pareció renacer por un momento en mi alma eran la única herencia que debías legarme!...

* * *

En París estuvimos casi tres meses, por retraso de fondos y cambio de plan en el itinerario del matrimonio Ramírez. Los días, que se sucedían en particular con una rapidez vertiginosa, en conjunto me parecían muchos y muy largos. Sentía que se me escapaban y tenía siempre la sensación de que corría tras ellos para detenerlos. Me preocupaba muchísimo la idea de mi partida, pensaba con tristeza que aquel París que se mostraba conmigo tan amable, tan afectuoso, era menester abandonarlo un día u otro, como a ti, como a Madame Jourdan, como a todo lo que he querido y me ha querido en la vida. «¡Qué fatalidad! ¡Qué desgracia tan grande!», pensaba continuamente. Y esta perspectiva era lo único que amargaba mi vida alegre y feliz de pájaro a quien por fin le han crecido las alas.

Pero como todo llega en este mundo, llegó un triste día en que los Ramírez y yo tuvimos que arreglar definitivamente nuestros baúles. Estrené yo mi vestido de viaje en cuya elección me había esmerado muchísimo a fin de que resultase lo más elegante y mejor cortado posible,

y con mi *nécessaire* en la mano, luego de caminar un rato ante el espejo más grande del hotel y comprobar así que, unidos el *nécessaire* y yo, teníamos una silueta viajera bastante chic, tomé con los Ramírez el tren para Barcelona donde nos esperaba el trasatlántico Manuel Arnús[22], que debía conducirnos a La Guayra.

Recuerdo que antes de embarcarme te dejé un abrazo de despedida en una postal. No te escribí más porque me ahogaba de melancolía y porque tenía también que ir a comprar un frasco de pintura líquida de Guerlain que acababan de recomendarme muchísimo como especial para resistir el aire violento del mar, el cual barre del cutis toda pintura en polvo.

Luego nos embarcamos.

¡Ah! Todavía me parece tener en los oídos aquel alarido de la sirena al arrancar el vapor y me pongo tan triste al evocarlo que prefiero no hablar de esto[23].

Afortunadamente que la vida a bordo me distrajo pronto. Sentirse en alta mar, rodeada de cielo por los cuatro costados y rumbo a América es una sensación deliciosa. Se piensa en Cristóbal Colón, en las novelas de Julio Verne, en las islas desiertas, en las montañas que hay debajo del agua, y dan ganas de naufragar para correr aventuras. Pero esta parte geográfica se olvida y se disipa muy pronto, cuando empieza a entrarse de lleno en el ambiente social de a bordo, que es de los más interesantes. Bueno, tú sabes muy bien que yo no acostumbro a alabarme porque me parece de mal gusto, pero, sin embargo, no puedo negarte que desde mi entrada al vapor comprendí que causaba gran sensación entre mis compañeros de viaje. Casi todas la señoras yacían mareadas en sus sillas de extensión o encerradas en los camarotes. Yo, que no me había mareado ni un segundo, no me ocupaba en cambio sino de presumir sacando a colación todo el repertorio de abrigos, vestidos y chales de gasa que aprendí a atar con muchísima gracia alrededor de mi cabeza[24], so pretexto de preservarla del viento. Eran ellos mi especiali-

---

[22] Este transatlántico fue en el que Teresa de la Parra viajó a Cuba, y donde conoció a Lydia Cabrera y a su madre.

[23] Es recurrente esta estrategia: «invocar» una imagen e inmediatamente señalar que no se hablará de ella, lo cual genera un doble movimiento: evocación nostálgica del recuerdo, por un lado; y, por otro, una especie de *damnatio memoriae* que, a causa del dolor que le provoca recordar, impide que la narradora profundice en este recuerdo, aunque más adelante lo recupere, siempre fugitivo.

[24] En la edición de 1928 la narradora cambia los chales por sombreros: «Yo, que no me había mareado ni un segundo no me ocupaba en cambio sino de presumir sacando a colación todo el repertorio de abrigos, vestidos, y ciertos sombreros flexibles que aprendí a ponerme con muchísima gracia so pretexto de preservarme del viento» (pág. 17).

dad: me ponía uno blanco y negro en la mañana, otro lila al mediodía, uno gris en la noche, y me paseaba de arriba abajo con un libro o un frasco de sales en la mano, y con toda aquella soltura, gracia y distinción adquirida en los días de mi vida parisiense y que todavía tú no tienes el honor de conocerme.

Los hombres, sentados sobre cubierta, con la gorra de lana encajada hasta las cejas y algún habano o cigarrillo en la boca, al sentirme pasar, levantaban inmediatamente los ojos del libro o revista donde se hallaban absortos y me seguían un rato con una larga mirada llena de interés. Las mujeres, por otro lado, admiraban el chic de mis vestidos y los veían con algo de curiosidad, creo que también con algo de envidia y como si quisieran copiarlos. No puedo ocultarte que todas estas manifestaciones me halagaban muchísimo. ¿No representaban acaso el encantador *succès,* cosa que hasta entonces había sido para mí algo fabuloso, lejano y deslumbrante como un sol? Me sentía, pues, felicísima al comprobar que poseía semejante tesoro, y te lo confieso a ti sin reparos ni modestias de ninguna clase, porque sé muy bien que tú, tarde o temprano, cuando renuncies al pelo largo, uses tacones Luis XV, te pintes las mejillas y, sobre todo, la boca, has de experimentarlo también y por consiguiente no vas a escucharme con el profundo desprecio con que escuchan estas cosas las personas incapacitadas para comprenderlas tales como son, verbigracia: Abuelita, las Madres del Colegio y San Jerónimo, quien, según parece, escribió horrores sobre las mujeres chic de su tiempo.

Pasadas las primeras horas de travesía comencé pronto a tener amigos a más de mis acompañantes, los Ramírez[25]. Eran ellos: un matrimonio andaluz con un niñito precioso que me quería mucho; una familia peruana, el Capitán, que era simpatiquísimo, el Médico, el Comisario y naturalmente el pequeño grupo de venezolanos que junto con nosotros se dirigía a La Guayra.

Pero el más interesante de mis amigos resultó ser un poeta colombiano, exdiplomático, viudo y ya algo viejo, el cual, lleno de galantería, finura y entusiasmo me acompañaba de continuo a todas horas del día. Por la noche, cuando tocaban o cantaban en el salón, yo, en consideración a mi duelo, solía evadirme del bullicio y buscaba algún solitario rincón de cubierta y allí, arrullada por la música y apoyada de codos en la barandilla, me daba a contemplar el reflejo fantástico de la luna sobre el mar tranquilo y aquella estela blanca que íbamos dejando en el azul

[25] El resto de este párrafo se suprimió en la segunda edición.

oscuro de las aguas. Mi amigo, que tenía la delicadeza de notar siempre mi ausencia, a los pocos minutos se venía a mi lado, se apoyaba también de codos en la barandilla y entonces suavemente, en un monótono silbar de eses, me recitaba sus versos. Esto me ponía encantada. No porque los versos fuesen muy bonitos, puesto que a decir verdad jamás les puse la menor atención, sino porque estando libre de toda conversación, mientras él recitaba, yo me entregaba de lleno a mis propios pensamientos y me decía: «No cabe duda que está enamoradísimo de mí». Y como era la primera vez que esto me ocurría y como el ambiente de la noche era de los más propicios, me lanzaba en alas de mis recuerdos a través de aquellas novelas de *La Mode Illustrée*[26] que leíamos en vacaciones tú y yo, me comparaba inmediatamente con las más interesantes de sus heroínas, me consideraba situada al mismo nivel de ellas o quizás a mayor altura y, claro, ante semejante visión quedaba tan satisfecha que cuando mi amigo terminaba la última estrofa de sus versos, yo los elogiaba apasionadamente con la más entusiasta y sincera admiración.

Si la amistad existente entre mi amigo y yo no hubiera pasado nunca de ahí, todo habría quedado muy bien, él hubiese adquirido a mis ojos un eterno prestigio, y después de separarnos yo lo habría contemplado siempre entre la bruma de mis recuerdos, esfumándose allá, en lontananza, junto al mar y la luna como en un dulce ensueño de romanticismo y de melancolía. Pero, desgraciadamente, Cristina, los hombres no tienen tacto. Aunque sean más sabios que Salomón y más viejos que Matusalén no aprenden jamás esa cosa tan sencilla, fácil y elemental que se llama «tener tacto»[27]. Semejante experiencia la adqui-

---

[26] Revista francesa de moda y temas femeninos que circuló entre 1860 y 1937. *La Mode Ilustrée* fue fundada en 1860 por Emmeline Raymond. Dirigida por Emmeline Raymond y luego por Aline Raymond, esta revista semanal traía artículos sobre la moda, la decoración y el mundo del arte; disponible en: <https://mode.femmes-1900.com/la-mode-illustree>.

[27] Sobre la falta de tacto de algunos hombres, Lydia Cabrera cuenta esta anécdota de Teresa de la Parra que muestra hasta qué punto a la escritora la molestaban las groserías y las salidas de tono:

«Recuerdo que en una comida en París ocupó un puesto a su lado uno de nuestros hombres públicos más brillantes y le dijo a Teresa una galantería de mal gusto que la indignó:

»—Ya quisiera tener un hijo con una mujer tan guapa como usted.

»Teresa muy tranquila, despacio, le respondió con una sonrisa de fina ironía:

»—Pues no me gustaría nada tener un hijo con un hombre tan grosero como usted.

El don Juan se quedó de una pieza». (Rosario Hiriart, *Más cerca de Teresa de la Parra,* pág. 48).

rí en el trato de mi amigo el poeta exdiplomático del vapor, quien, según parece era muy instruido, inteligente y discreto en cualquier otra materia que no se relacionase con esta del tacto u oportunidad. Pero voy a referirte el incidente de donde proviene este juicio o experiencia a fin de que tú misma opines.

Imagínate que una noche en que se celebró a bordo no sé qué fecha patriótica, todos los pasajeros habían tomado *champagne* y se hallaban por lo tanto muy alegres. Yo, en compensación, estaba de mal humor, porque al ir a prenderme un alfiler, me había dado un arañazo larguísimo en la mano izquierda, cosa que me la tenía bastante desfigurada. Por consiguiente, aquella noche, con más razón que de costumbre, mientras los demás se divertían en el salón, fui a apoyarme de codos en mi solitario rincón de cubierta, y también, como de costumbre, al poco rato mi amigo vino a situarse junto a mí. Debido a mi mal humor, yo, contemplando el mar iluminado por la luna, calculaba con rabia el número de días que iba a durar en mi mano la cicatriz del rasguño y no decía una palabra. Mi amigo, entonces, demostrando tener cierta delicadeza, en vez de lanzarse a recitar sus versos, me interrogó suavemente:

—¿Qué le pasa esta noche, María Eugenia, que está tan triste?

—Es que me he hecho una herida en la mano izquierda que me duele muchísimo.

Y como siempre me ha parecido lo mejor el mostrar con entera franqueza aquellos defectos físicos que, por ser muy visibles, no pueden ocultarse, le mostré mi mano izquierda que se hallaba cruzada diagonalmente por una larguísima línea roja.

Él, para poder examinar el rasguño de cerca, tomó mi mano entre las suyas y después de decir que la herida era leve y casi imperceptible, se quedó contemplando la mano y añadió muy quedo con la voz de recitar:

—¡Ah!... ¡Y qué divina mano de Madona Italiana! Parece tallada en marfil por el celo de algún gran artista del Renacimiento para despertar la fe en los corazones incrédulos. Si cuando visité hace un año la Cartuja de Florencia hubiera visto una Virgen con manos semejantes: ¡habría profesado!...

Como sabes, Cristina, mis manos, en efecto, no están mal; y como también recordarás, he tenido siempre una marcada predilección por ellas. El cambio de temperatura les había dado yo no sé que matiz pálido, de modo que, en aquel momento, prestigiadas por la luna, pulidas y cuidadas, a pesar del rasguño de la izquierda, merecían en realidad aquel elogio, que a más de parecerme exacto, me pareció también delicado, escogido y de muy buen gusto. Y para que las manos luciesen aún

mejor, pasada en parte la contrariedad, volví a ponerme de codos en la barandilla, las enlacé juntas con lánguida actitud; sobre el enlace de los dedos apoyé suavemente la barba y seguí mirando el mar.

—Ahora parecen dos azucenas sosteniendo una rosa —volvió a recitar mi amigo—. Dígame, María Eugenia: ¿sus mejillas no han tenido nunca envidia de sus manos?

—No —respondí yo—. Aquí todo el mundo vive en gran armonía.

Y porque me pareció muy oportuno dar a tan breve frase una expresión cualquiera, sin cortar la línea de mi actitud, entorné ligeramente los ojos. Con los ojos ligeramente entornados, envolví el rostro de mi amigo en una larga mirada y sonreí.

Pero, por desgracia, al llegar a este punto de nuestro amable diálogo: ¿qué dirás tú, Cristina que se le ocurrió de pronto a mi amigo el poeta?... Pues se le ocurrió que su boca feísima, de bigotes grises, olorosa a tabaco y a *champagne,* podía darle un beso a la mía, que en aquel instante se hallaba sonriente, fresca y recién pintada con Carmín de Guerlain. ¡Ah!, pero afortunadamente, como sabes, soy ágil y asustadiza, gracias a lo cual no pudo consumarse tan desagradable proyecto; porque al sentirme de golpe presa entre aquellos brazos, me dominó el espanto producido por la misma sorpresa, y sacudiendo nerviosamente la cabeza en todas direcciones, logré escurrirme hacia un lado y escaparme a toda prisa. Ya a distancia, por curiosidad, me volví a mirar en qué había parado tan singular escena y pude entonces darme cuenta de que las violentas sacudidas de mi cabeza combinadas con la brusca evasión, habían derrumbado los lentes de encima de la nariz de mi amigo, el cual era muy miope, y que por lo tanto en aquel minuto crítico, el dolor de la derrota y el dolor del desprecio, se unían en su persona al dolor oscurísimo de la ceguera.

¡Ah!, Cristina, por muchos años que viva, no olvidaré jamás aquella silueta corta, desprestigiada, ciega, inclinada hacia el suelo, buscando sin esperanza los perdidos lentes, que yo a tan larga distancia miraba brillar muy cerquita de sus pies.

Desde esa noche, ya no volví a hablar ni a saludar más a mi gran admirador y amigo el poeta colombiano. No porque en realidad me sintiese muy ofendida, sino porque después de lo ocurrido me pareció muy de rigor el adoptar una actitud digna, silenciosa y enigmática. Pero es lo cierto que, encastillada así dentro de mi distinción y mi rencor, la vida a bordo me parecía mucho menos divertida. Ya no tenía quien me manifestase en galante media voz su admiración por mi persona; ni quien celebrase mi ingenio; ni quien me recitase versos a la luz de la luna; ni quien me hiciese amables atenciones. Cuando subía a cubierta

con mi chal de gasa atado a la cabeza, buscaba ahora la soledad, y me quedaba largos ratos en un elevado puente sentada frente al mar, contemplando con melancolía aquel andar perseverante del vapor y pensando de tiempo en tiempo que mi amigo había cometido aquella gran *gaffe* por tener una idea algo equivocada acerca de sus atractivos personales. Me decía que, sin duda ninguna, él jamás se había dado cuenta de que yo lo encontraba feo, narizón, mal proporcionado, muy viejo, demasiado fino, y que en lo tocante a sus versos nunca había apreciado en ellos sino aquel ritmo monótono que servía de arrullo a mis propios pensamientos.

Desde entonces, Cristina, deduje que los hombres, en general, aunque parezcan saber muchísimo, es como si no supieran nada, porque no siéndoles dado el mirar su propia imagen reflejada en el espíritu ajeno, se ignoran a sí mismos tan totalmente como si no se hubiesen visto jamás en un espejo. Por eso, cuando Abuelita, en la mesa, habla indignada de los hombres de nuestros días y me previene contra ellos llamándoles alabanciosos y calumniadores, yo, lejos de compartir su indignación, me acuerdo de mi amigo el poeta en el momento de buscar sus lentes, y me sonrío. Sí, Cristina, por más que diga Abuelita, yo creo que los hombres calumnian de buena fe, que son alabanciosos porque honradamente se ignoran a sí mismos, y que atraviesan la vida felices y rodeados por la aureola piadosísima de la equivocación mientras los escolta en silencio, como un can fiel e invisible, el ridículo.

* * *

Después de navegar durante dieciocho días, una tarde serena, a la caída de la noche, bajo la media luz del más inverosímil de los crepúsculos, entramos por fin en aguas de Venezuela.

Al saber la noticia, llena de sensibilidad y de íntima emoción, para sentir y ver bien desde lo alto ese espectáculo triunfante que es llegar a tierra, escondida de todos, me fui a sentar en mi elevado puente solitario. Siempre recordaré aquella tarde.

Hay instantes de la vida, Cristina, en que el espíritu parece desmaterializarse por completo, y lo sentimos erguirse en nosotros exaltado y sublime, como un vidente que nos hablara de cosas desconocidas. Experimentamos entonces una santa resignación por los dolores futuros, y sentimos también en el alma ese melancólico florecer de las alegrías pasadas, mucho más tristes que las tristezas, porque son en nuestro recuerdo como cadáveres de cuerpo presente que no nos decidimos a enterrar nunca... ¿verdad que esto lo has experimentado

también tú algunas veces?... ¿No lo has sentido nunca oyendo música, o mirando un paisaje en la sensibilidad infinita de un crepúsculo?... Aquella tarde, sentada en el puente perdidos los ojos por el horizonte y los celajes, me pareció que desde lo alto de una atalaya miraba mi vida entera, la pasada y la futura, y no sé por qué tuve un gran presentimiento de tristeza...

El vapor caminaba lentamente hacia unas luces que, bajo el tenue cendal de las nubes, se confundían a lo lejos con las estrellas apenas encendidas en el cielo. Poco a poco, las prendidas señuelas comenzaron a multiplicarse y a crecer, como si Venus aquella tarde hubiera querido prodigarse generosamente sobre el mar. Luego, imprecisos, esfumados en la penumbra y en la niebla lejana fueron separándose enteramente del cielo los bloques oscuros de las montañas. Las luces alegres, brillantes, titilaban arriba, abajo, sembradas en aquel cielo profundo de los montes cada vez más familiares, más hospitalarios, más abiertos de brazos al vapor, hasta que de repente, del lado izquierdo, como una iluminación fantástica de fuegos artificiales, se encendió todo el mar, al pie de la montaña. Los pasajeros, apoyados en la barandilla de cubierta, justamente bajo mi puente de observación, con la alegría que inspira a los navegantes la próxima hospitalidad del puerto, empezaron a agitarse con una inmensa alegría llena de voces y de risas.

Porque aquella iluminación la formaban las luces de Macuto, y Macuto, Cristina, es nuestra playa elegante, nuestro balneario de moda, es como si dijéramos el Deauville o el San Sebastián de Venezuela.

El vapor, todo encendido también, al igual de un galán que paseara la calle, caminando de costado, se acercaba más y más hacia las luces. Ellas, en la alegría de su fiesta rutilaban y eran ya como mil voces amigas que nos llamaran a gritos desde tierra.

Los venezolanos, entonces, llenos de entusiasmo, comenzaron a opinar:

—¡Desde allá seguramente estarán viéndonos también!

Yo continuaba sumida en la penumbra del puente, silenciosa, observadora, solitaria, encerrada dentro del ángulo que formaban juntas dos barcas salvavidas. Desde mi altura, contemplando el espectáculo, pensaba en aquella mañana que recordaba apenas vagamente, cuando pequeñita, con mis bucles a la espalda y mis mediecitas cortas había tomado junto con Papá el vapor que nos condujo a Europa. A la vista del mar, había sentido de pronto el terror de lo desconocido y, al embarcarme, había agarrado muy asustada la mano de mi aya, aquella mulata indolente y soñadora que me cuidó siempre, desde el día de mi nacimiento, con cariños maternales, que a ti también llegó a cuidarte

algunas veces, y que murió en París, ¿te acuerdas?, víctima de las inclemencias del invierno...

Con los ojos muy fijos en las luces crecientes de Macuto, evocaba ahora con dificultad la fisonomía fina y alargada de tío Pancho, el hermano mayor de Papá, quien había ido hasta el vapor a despedirnos. Recordaba cómo antes de marcharse me había cogido en sus brazos, me había llevado a visitar todo el vapor, me había contado que la caldera era un infierno en donde los maquinistas, que eran unos demonios, metían a los niñitos desobedientes que se subían a las barandillas de cubierta... Recordaba cómo luego me había besado muchas veces, y cómo, por fin, sin decir más nada había vuelto a ponerme en el suelo, y me había regalado un paquete de bombones, y una caja de cartón en donde dormía una muñeca rubia vestida de azul... De todo esto hacía ya doce años... ¡Ah!... ¡Doce años!... De los tres viajeros de aquella mañana regresaba yo sola... ¿Estaría allí al día siguiente tío Pancho para recibirme?... Tal vez no. Sin embargo, mi llegada se había avisado ya por cable y alguien me esperaría sin duda... Pero ¿quién?... ¿Quién sería?

Macuto volvió a esconderse como había aparecido tras un brusco recodo de la costa y a poco el vapor comenzó a detenerse lentamente frente a la bahía que forma el puerto de La Guayra. Antes de echar el ancla, cabeceó unos minutos, se detuvo indolente y, cobijado por la inmensidad de las montañas consteladas de luces, en el ambiente tibio parecía descansar por fin de su correr incesante.

Como te decía, Cristina, en las llegadas hay siempre un misterio triste. Cuando un vapor se detiene después de haber caminado mucho, parece que con él se detuvieran también todos nuestros ensueños y que callasen todos nuestros ideales. El suave deslizarse de algo que nos conduce es muy propicio a la fecundidad del espíritu. ¿Por qué?... ¿Será tal vez que el alma, al sentirse correr sin que los pies se muevan, sueña quizás en que se va volando muy lejos de la tierra desligada por completo de toda materia?... No sé; pero recuerdo muy bien que aquella noche, detenido ya el vapor frente a La Guayra, me dormí prisionera y triste como si en el espíritu me hubiesen cortado una cosecha de alas.

Me desperté al día siguiente cuando el vapor arrancaba a andar para atracar en el muelle. La alegría de la mañana parecía entrar a raudales dentro de un rayito de sol, que se quebraba en el cristal del ventanillo e inundaba de reflejos todo mi camarote. No bien abrí los ojos lo miré un instante y como si al deslumbrarme las pupilas, hubiese desvanecido también en mi alma todas las melancolías de la víspera, alegre, con la alegría solar de la mañana y con la curiosidad de los paisajes nuevos, corrí a asomarme al ojo del ventanillo. Al lento caminar del vapor el

panorama se deslizaba por él muy suavemente. Había oído ponderar muchas veces la fealdad del pueblo de La Guayra. Dada esta predisposición, su vista me sorprendió agradablemente aquella mañana, como sorprende la sonrisa en un rostro que creíamos desconocido y que resulta ser el de un amigo de la infancia. Ante mis ojos, Cristina, justo a orillas del mar se alzaba bruscamente una gran montaña amarilla y estéril, pero florecida de casitas de todos los colores, que parecían trepar y escalonarse por los ribazos y las rocas con la audacia pastoril de un rebaño de cabras. La vegetación surgía a veces como un capricho entre aquellas casitas que sabían colgarse tan atrevidamente sobre los barrancos y que tenían la ingenuidad y la inverosímil apariencia de aquellas otras cabañitas de cartón con que sembraban las Madres por Navidad el nacimiento del Colegio. Su vista despertó en mi alma el inocente regocijo de los villancicos que anunciaban todos los años la alegría sonora de las vacaciones pascuales. Pensé con gran placer en que ahora también iba a abandonar la monotonía de a bordo por la fresca sombra de los árboles y por el libre corretear sobre la tierra firme. Sentí de pronto la curiosidad inmensa y feliz de aquel a quien esperan grandes sorpresas, y mientras del lado de afuera, entre chirriar de grúas y de poleas se iniciaba el trabajo bullicioso del desembarque, yo, dentro de mi camarote, ávida de estar también sobre cubierta, comencé a arreglarme y a vestirme febrilmente.

Recuerdo que acababa de poner en orden todos mis efectos y que estaba cogiendo el sombrero, cuando oí la voz de la señora Ramírez que decía con sus indolentes y musicales inflexiones de criolla:

—¡Por aquí, por aquí! ¡Ya debe estar vestida! ¡María Eugenia! ¡María Eugenia! ¡Tu tío!

Al oír estas mágicas palabras, me precipité a toda prisa fuera del camarote, y en el estrecho corredor de salida pude entonces ver cómo de espaldas a la luz avanzaba también hacia mí la figura alta y algo encorvada de un señor vestido de dril blanco. Al mirarle venir, me sacudió otra vez la emoción intensa de la víspera, pensé en Papá, sentí renacer de pronto toda mi primera infancia, y emocionada, llorosa, corrí hacia el que venía, tendiéndole los brazos y llamándole en un grito de alegría:

—¡Ah! ¡Tío Pancho! ¡Tío Panchito!

Él me estrechó afectuosamente contra su pechera blanca mientras contestaba gangoso y lento:

—No soy Pancho. Soy Eduardo, tu tío Eduardo, ¿no te acuerdas de mí?

Y tomándome suavemente del brazo me condujo fuera del corredor hacia la claridad de cubierta.